

LA EUCARISTIA

245

I. *La Eucaristía en el orden sacramental*

1. La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo bajo las apariencias de pan y de vino para la celebración del sacrificio de la cruz y para alimento espiritual. Se la puede definir más brevemente: es el sacrificio de la cruz en los signos sacramentales de pan y vino o es el sacramento del sacrificio de la cruz.

Superior a todos los demás sacramentos, está la Eucaristía en el centro del orden sacramental (cfr. § 231). En ella se representa y se opera de un modo más vivo y eficaz que en cualquier otro sacramento la unidad entre Cristo y la Iglesia. En la Eucaristía se realiza hasta lo más íntimo la comunidad entre Cristo y la Iglesia, fundamentada en el bautismo, pues en ella se une Cristo corporalmente con la Iglesia, que es incorporada a El para ofrecer por El, con El y en El al Padre, en unidad con el Espíritu Santo, aquel sacrificio inmaculado de alabanza, prometido para el tiempo de la humanidad redimida (*Mt.* 1, 11). En la Iglesia primitiva las ceremonias precedentes a la participación en la Eucaristía (bautismo y confirmación) eran concebidas como preparación para la celebra-

ción del augusto misterio, del sacrificio eucarístico. San Ambrosio describe la alegría que tenían los neófitos a la vista de la inminente participación en el sacrificio de la Iglesia: "Purificada así, se apresura la multitud con los ricos adornos de sus insignias (= túnica blanca, cirio encendido, etc.) hacia el altar de Cristo y dice: Puedo entrar en el altar de Dios, del Dios que alegra de nuevo mi juventud. Se ha desnudado del viejo vestido del pecado y rejuvenecida con la juventud del águila, entra presurosa en el convite celestial con el fuerte grito de júbilo: Has preparado una mesa ante mi vista" (*Los Misterios*, cap. 8, 43).

2. La Iglesia alcanza su esencia más íntima en la Eucaristía, su comunidad con su Señor presente, crucificado y glorificado. Al mismo tiempo es incorporada cada vez más profundamente a la comunidad vital con Cristo. Todo lo que acontece en la Iglesia está ordenado, por tanto, a la celebración de la Eucaristía, que es el centro en el que confluye todo lo que la Iglesia hace y del que procede todo lo que ella realiza. Ya se señala al hablar del orden sacramental cómo todos los demás sacramentos están en relación con la Eucaristía.

3. La ordenación de los demás sacramentos a la Eucaristía tiene su fundamento en la peculiaridad del sacramento eucarístico. El Concilio de Trento la describe en la sesión XIII (cap. 3) de la siguiente manera: "Tiene, cierto, la santísima Eucaristía de común con los demás sacramentos "ser símbolo de una cosa sagrada y forma visible de la gracia invisible"; mas se halla en ella algo de excelente y singular, a saber: que los demás sacramentos entonces tienen por vez primera virtud de santificar, cuando se hace uso de ellos; pero en la Eucaristía, antes de todo uso, está el autor mismo de la santidad. Todavía, en efecto, no habían los Apóstoles recibido la Eucaristía de mano del Señor, cuando El, sin embargo, afirmó ser verdaderamente su cuerpo lo que les ofrecía; y ésta fué siempre la fe de la Iglesia de Dios: que inmediatamente después de la consagración está el verdadero cuerpo de Nuestro Señor y verdadera sangre, juntamente con su alma y divinidad bajo la apariencia del vino; ciertamente el cuerpo, bajo la apariencia del pan, y la sangre, bajo la apariencia del vino en virtud de las palabras; pero el cuerpo mismo bajo la apariencia del vino y la sangre bajo la apariencia del pan y el alma bajo ambas, en virtud de aquella natural conexión y concomitancia por la que se unen entre sí las

partes de Cristo Señor que resucitó de entre los muertos para no morir más (*Rom.* 6, 9); la divinidad, en fin, a causa de aquella su maravillosa unión hipostática con el alma y con el cuerpo. Por lo cual es toda verdad que lo mismo se contiene bajo ambas especies. Porque Cristo, todo e íntegro, está bajo la especie del pan y bajo cualquier parte de la misma especie, y todo igualmente está bajo la especie de vino y bajo las partes de ella" (D. 876).

Mientras que todos los demás sacramentos contienen simplemente una virtud comunicada por Cristo y que mana a través de ellos, contiene la Eucaristía el mismo cuerpo y sangre de Cristo. Es, como se expresa Santo Tomás de Aquino, el Cristo sacrificado, Cristo en su Pasión (*Christus passus*), el que está contenido en la Eucaristía. Además, los sacramentos se realizan en el sujeto; la Eucaristía, en cambio, por la consagración de la cosa. Usando las expresiones "externo" e "interno", ya explicadas, podríamos expresar esto de la manera siguiente: puesto que en la Eucaristía no coinciden la realización y la recepción del sacramento como en los otros sacramentos, tampoco puede estar en el sujeto el sacramento llamado interno (*res et sacramentum*: en el bautismo es el carácter sacramental, § 226) como en los demás sacramentos. Se realiza por la consagración de la misma cosa. El sacramento "externo" en la Eucaristía es el signo visible de pan y vino (en el bautismo la inmersión), el sacramento "interno" (lo intermedio entre el signo externo y el efecto de gracia, simbolizado por el signo visible y realidad a su vez que simboliza el efecto de gracia) es Cristo presente bajo las apariencias de pan y vino en estado de sacrificio, de cuerpo y sangre de Cristo sacrificados. La gracia (*res*) es la comunidad del cuerpo místico de Cristo con Cristo y la comunidad de sus miembros entre sí.

4. Aunque la Eucaristía se distingue notablemente de todos los demás sacramentos, permanece, no obstante, *dentro de la estructura sacramental*. Es parte integrante del orden sacramental. No destruye ninguna realidad del orden sacramental y ni siquiera está más allá del ámbito sacramental. Santo Tomás de Aquino ha explicado así el parentesco de la Eucaristía con los demás sacramentos "Al modo como se comporta la virtud del Espíritu Santo en el agua bautismal, así se comporta el verdadero cuerpo de Cristo en las apariencias de pan y vino. Por esto las apariencias de pan y vino obran sólo por la virtud del verdadero cuerpo de Cristo" (*Suma Teológica*, III, q. 73, art. 1 ad 2). La virtud que fluye, comunicada

al signo externo en los demás sacramentos, corresponde en la Eucaristía a la sustancia presente del cuerpo y sangre de Cristo bajo las apariencias de pan y vino (*Ibídem*, art. 3).

5. Porque la Eucaristía pertenece al orden sacramental no se puede decir en sentido estricto que en ella se prolongue o repita la encarnación o la obra salvadora de Cristo (cfr., no obstante, § 233). Una tal opinión confundiría el *mundo natural y sacramental*. Realidad natural y sobrenatural son dos modos distintos de ser. Como veremos, es de trascendental importancia para la inteligencia de la Eucaristía que se considere bien su pertenencia al mundo sacramental. La Eucaristía no prolonga el mundo sacramental. La Eucaristía no continúa el sacrificio de la cruz de Cristo, sino que actualiza el sacrificio de Cristo ya consumado, para que esté al alcance de la Iglesia y así sea ésta incorporada en el sacrificio de su Cabeza para que pueda ofrecer el sacrificio de Cristo como sacrificio suyo. Véase la expresión “repetición” en el § 226. En la celebración de la Eucaristía se repite la ceremonia de la Cena. Así se puede decir con razón que el sacrificio de la misa es repetición de la Última Cena.

II. La Eucaristía como convite y sacrificio

1. El hecho de que la Eucaristía sea sacramento determina también su esencia como sacrificio. El sacramento eucarístico es *simultáneamente convite y sacrificio*. Nos llevaría a una funesta confusión si se equiparara su sacramentalidad con su carácter como convite (véase la encíclica sobre la liturgia). En este supuesto el sacrificio sobrevendría como una realidad extrasacramental, que radicaría más allá del orden sacramental. Tendría su vida propia, sin que pudiera ordenarse por ninguna parte. De aquí que no se pueda dividir la Eucaristía con la exclusiva acentuación en el sacrificio y en el sacramento. La Eucaristía es, según Santo Tomás, un sacramento que implica ambas cosas: sacrificio y convite. Es sacrificio sacramental y convite sacramental. Es sacramento del sacrificio y sacramento del convite. Como sacramento es sacrificio y convite. La conexión entre sacrificio y convite puede indicarse ciertamente de una manera más exacta. Es ambas cosas en uno. Al ser convite es sacrificio. Al ser sacrificio es convite. La palabra convite tiene en este contexto una significación más amplia que la de comunión.

Esta sólo significa una parte del convite, el acto de comer, la comunión (J. Pascher).

Según Santo Tomás de Aquino, en la Eucaristía se celebra, en un símbolo saturado de realidad, la memoria del sacrificio de la cruz. Es la actualización del Cristo crucificado; en la representación de la pasión de Cristo, que tiene lugar preferentemente en la transformación, alcanza la Eucaristía su más completa expresión y su más encumbrada celebración (Vonier). El carácter sacrificial de la Eucaristía precede a su carácter de convite, si se considera el hecho oculto y misterioso (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 73, 6). También en la oración: "Dios, Tú que nos has dejado en este admirable sacramento la memoria de tu pasión...", se pone en primer plano el carácter sacrificial. Pero si atendemos a los signos, en los que se realiza el sacrificio eucarístico, nos salta a la vista en primer término el convite, aunque se exprese también en el signo el carácter sacrificial, pues la *palabra* cuerpo y sangre de Cristo designa cuerpo y sangre del sacrificio. Es sacrificio-convite. La acción real de comer es consecuencia del sacramento, como dice Santo Tomás, y se deriva de la forma de convite del sacramento sacrificial eucarístico. La comunión es el *uso del sacramento*. Así como el obrar sigue al ser, el comer sigue al sacrificio (III, 74, 7). El uso es un perfeccionamiento del sacrificio. Sin embargo, no pertenece a su esencia (III, 78, 1 a 2; III, 82, 4 a 2), de forma que el sacrificio puede efectuarse sin la comida y bebida sacramentales. El sacrificio sin la comida y bebida, por lo menos del sacerdote, sería incompleto.

2. Si se tiene en cuenta no sólo el proceso interno, sino la apariencia, la forma del sacramento sacrificial eucarístico, tiene primacía su carácter de convite sobre el de sacrificio. Como ya hemos visto, se realiza en los signos del convite. La Eucaristía es sacrificio en forma de convite. Este hecho se pudo apreciar más claramente en la Última Cena y en las celebraciones eucarísticas de la iglesia primitiva que en la configuración posterior de la celebración del sacrificio. Sin embargo, también aquí se pone de manifiesto. En la institución de la Eucaristía todo aludía a la comida y bebida. Lo que los Apóstoles vieron (mesa, pan y vino) y oyeron (la invitación del Señor para que comieran y bebieran), les causó la impresión de que se celebraba un banquete. Esto estaba en el primer plano de la acción visible. Una vez más hay que acentuar que tanto en el cenáculo como en la actual forma de la celebración eucarística, apa-

rece más claro el carácter de sacrificio en las palabras del signo externo, aunque no salte a la vista de un modo tan inmediato como el carácter de banquete.

3. Al no coincidir la realización y la recepción en este sacramento puede considerarse la Eucaristía tanto en su *realización* como en su *existencia*. Siendo la Eucaristía sacrificio-convite y convite-sacrificio va antes el carácter de acontecimiento al de existencia, de perduración de la presencia real de Cristo hasta la descomposición de las especies. La "presencia real" es causada por la "presencia activa". Este es su sentido y su cumplimiento. La antigüedad cristiana ha entendido también la Eucaristía, sobre todo como acción, como celebración de la muerte de Cristo en la cruz en forma de convite. Cfr. K. Prümm, *Der christliche Glaube und die altheidnische Welt* II, 397; especialmente los trabajos de O. Casel; véase la bibliografía; también H. Keller, *Die Kirche als Kultmysterium*, en: "Benediktinische Monatsschrift" 17 (1935), 185). Encontramos los primeros vestigios de esta doctrina en el siglo III; en ella se consideran los elementos cada vez más por sí mismos y no en su relación con el hecho eucarístico. Esta manera de pensar se desarrolló más y más en la preescolástica y en la escolástica primitiva, a consecuencia de la lucha contra los negadores de la presencia real de Cristo. El carácter de suceso pasó a segundo orden en la conciencia creyente. La consagración fué valorada más como causa y condición previa de la comunión, de la presencia real de Cristo y del culto eucarístico que como modo en el que se actualiza el sacrificio de la cruz. Esta concepción de la Eucaristía, fomentada por la polémica, se impuso más y más, consiguiendo una fuerza mayor a la del carácter sacrificial de la Eucaristía.

Este cambio, sin embargo, no se operó en la doctrina oficial de la Iglesia. Esto se ve, por ejemplo, en la reserva de la liturgia romana y de la legislación eclesiástica con respecto a la exposición del Santísimo durante el sacrificio de la Misa. La actual legislación eclesiástica está basada en la idea fundamental de que la realización del sacrificio-convite tiene en la Eucaristía preferencia sobre la conservación.

En esta exposición se estudia primeramente la Eucaristía como sacrificio, como suceso eucarístico; hay que acentuar con ello y de antemano que la Iglesia celebra en este sacramento, ante todo, la memoria del sacrificio de la cruz en la forma de un convite y que la adoración de Cristo presente bajo las apariencias de pan y de

vino está en segundo lugar; y que también el Cristo eucarístico glorificado por la adoración es el cuerpo y la sangre del Señor *inmolados* en los signos del convite; la adoración es, pues, un modo de la participación en el sacrificio del Señor y un grado previo de la participación en el convite eucarístico.

III. *Los nombres*

De las consideraciones anteriores se desprende la riqueza del sacramento eucarístico, a la que corresponde la variedad de *nombres*. Citamos algunos.

Primeramente la designación *Eucaristía*. La Eucaristía es la acción de gracias no sólo con palabras, sino sobre todo con obras. Es una acción de gracias hecha carne. Sobre este particular se hablará más detenidamente al tratarse del sentido y valor del sacrificio de la misa. Con la palabra *Eucaristía* está emparentada la voz *Eulogía* (bendición del pan; este nombre se usó pronto para designar los panes bendecidos que a modo de sustitutivo se daban a los que no asistían al banquete eucarístico). Otro nombre es *fracción del pan* (cfr. *Act.* 2, 42. 46); Ignacio, *Ef.* 20, 2; *Didaché*, 14, 1). Esta palabra designa la Eucaristía como banquete y precisamente como convite comunitario. El Señor rompe el pan celestial para los suyos, el pan de vida. San Pablo llama a la Eucaristía banquete del Señor (*I Cor.* 11, 20), Mesa del Señor, Cena.

El carácter público de la celebración eucarística se expresa en palabras como liturgia, oficio. La expresión *pan de ángeles* tiene su fundamento en el *Salmo* 78 (77), 25. Puede explicarse de la siguiente manera: Los ángeles contemplan el Logos divino y están íntimamente unidos a El por la contemplación; están llenos de El. La contemplación se convierte en manjar. Ya en el AT y también en el Nuevo se encuentra a menudo la idea de que entre visión y manjar hay una estrecha relación (*Gen.* 3, 7; *Ex.* 24, 10; *Tob.* 12, 19; *Lc.* 24, 35). El manjar espiritual del conocimiento es el prototipo del manjar corporal, según Orígenes (*Explicación al Salmo*, 77, 25). El acto de comer el Logos hecho hombre, en la Eucaristía, es la imagen sacramental del comer el Logos eterno, que hacen los ángeles en el cielo en la contemplación de la Palabra de Dios. Cristo, que es el pan de los ángeles, es nuestra comida en la Eucaristía. Cfr. *Deutsche Thomasausgabe* 30, 442.

La palabra *Misa* (probablemente de la despedida de los catecú-

menos o penitentes) data del siglo VI como expresión con sentido preciso e igual al de hoy. De las usuales despedidas que se hacían en los oficios divinos solemnes de las basílicas cristianas pasó a designar primero toda solemnidad religiosa, aunque preferentemente la celebración de la Misa; pero a partir del siglo VI su uso se reservó poco a poco para la celebración de la Eucaristía.

Véase Fr. Dölger, "Die Zeremonien der Messliturgie", en *Antike und Christentum*, vol. II, 1940, 81-132.

IV. Método

A fin de que se vea claramente la conexión entre la Eucaristía como sacrificio-convite y como convite-sacrificial, y así, desde un principio, quede bien establecido el orden de preferencia, se tratará en esta exposición primero del sacramento sacrificial eucarístico, y se expondrá después el convite eucarístico, según la mente de Santo Tomás, como forma del convite sacrificial y la sunción como complemento y efecto (Vonier).

Al explicar el sacramento sacrificial eucarístico no se debe perder jamás de vista que la Eucaristía es un convite sacrificial; tampoco se olvidará, al tratar del convite sacrificial, que es un sacrificio-convite.

El estudio del sacramento del sacrificio eucarístico comprende el de su existencia, de su relación para con el sacrificio de Cristo en la cruz y para con la Iglesia como cuerpo de Cristo. Por ser la Eucaristía un sacrificio sacramental, se estudiará en particular su sacramentalidad. Aquí corresponde el estudio del signo externo, del sacramento interno (carne y sangre de Cristo), de la relación del sacramento externo y del interno y de su causalidad salvífica.